

II. NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

JEAN MARIE PAUPERT, *Cristianismo velho, cristianismo novo. Panfleto e Profecia*. Circulo do Humanismo cristao. Moraes Editores. Traducción de Alejandro O'Neill. Lisboa 1969, 327 pp.

Este libro está escrito «con cólera e indignación», «con violencia ofensiva», como expresamente declara el autor a lo largo del prefacio en forma de advertencia.

Comienza por dividir el cristianismo en «viejo» y en «nuevo», entendiendo por viejo el que estuvo en vigor hasta el Papa Juan XXIII; y por nuevo, el vigente desde entonces para acá. El libro consta de cuatro partes. En las dos primeras critica a los teólogos o filósofos y literatos (Maritain, Guitton, Salleron... generalmente se limita a los franceses) que no abrazan las opiniones teológicas y sociales de los pensadores de vanguardia; o que han dirigido alguna crítica al autor (Cardenal Journet). Los solos títulos son bastante significativos, como «El pantano de los macacos berreadores», «el pantano de los viejos rezungones» para indicar cuál es el estilo del autor, y la naturaleza de su polémica—agresiva, apasionada, colérica e insultante—. En esta labor de desacreditar lo «antiguo» y eliminar a los que no opinan como él, llega a burlarse de las encíclicas *Divini Redemptoris* de Pío XI (contra el comunismo) y *Pascendi* de San Pío X (contra el modernismo); de Fátima y de sus prodigios; y hasta del P. Pío de Pietralcina y de «su calvario» (pp. 27-28).

En la tercera parte (pp. 163-263) trata de los verdaderos problemas de hoy, es decir, de la teología una y diversa, eterna y cotidiana; del Espíritu y de las instituciones actuales. En la cuarta (267-315) intitulada *cristianismo del año 2000*, profetiza cómo serán para entonces las creencias o mejor, opiniones acerca de la infalibilidad del Romano Pontífice, de la sucesión apostólica, de los sacerdotes y su ministerio, de las parroquias, de los matrimonios cristianos, del celibato (pues hasta los obispos podrán casarse y de hecho los habrá casados) de la liturgia muy cambiada, enriquecida con extrañas aplicaciones y maravillosas añadiduras.

El tema del libro es interesante. Tratado con objetividad y espíritu sereno, habría resultado orientador. Pero la forma «violenta» y «agresiva» del autor, que dirige a quien no piensa como él muchos insultos y pocas razones, produce más bien el efecto contrario.

Además, cuando habla de la eucaristía (transubstanciación), de la infalibilidad del Papa, del milagro, del pecado original, de la Iglesia como institución, de las relaciones prematrimoniales (sexuales, pero sin derecho a procrear, empleando para ello anticonceptivos; o no sexuales...) su lenguaje puede dar ocasión a confusiones y hasta errores en materia de fe y de costumbres (y en materia bien delicada).

Por añadidura, Paupert siente el prurito de aparecer como «avanzado» a ultranza: procura alabar oportuna e importunamente a cuantos han tenido desavenencias con Roma, por ejemplo a Lutero, «el más intensamente paulino de todos los teólogos» (pp. 245, 247...), Davis, Lemercier (p. 241). Teilhard («el profeta de esta era, y en esto su estatura permanece incomparable», p. 285). En cambio, con los «antiguos» se muestra despectivo hasta el exceso. El mismo presenta su producción como panfleto y profecía. En realidad, mucho más que la profecía campean las diatribas e insultos propios del panfleto. Mucho se le puede disimular. Pero cuando llega a dar como evidente «el estalinismo de Pío XII» (p. 111) o a proferir contra él y sus venerables predecesores Pío IX (por causa del *Syllabus*) y San Pío X (por su condena del modernismo) el siguiente insulto: «Ilustraron el martirologio de los tres «Píos» abusivos Mastai-Ferretti, Sarto y Pacelli... así fue como se acostumbró a los potentados romanos a tenerse por dioses» (p. 118), no puede uno menos de indignarse contra un teólogo tan irrespetuoso y petulante.

Por todo lo cual el libro resulta desorientador y es desaconsejable su lectura. Quizá para teólogos formados sirva de estimulante; todo esto dejando a salvo la recta intención del autor, como puede colegirse de varios lugares, sobre todo del «posfacio en forma de cartas» (pp. 319-325). Por su parte el traductor se ha apropiado el estilo del original; y así la traducción portuguesa refleja con bastante aproximación la «cólera» y la petulancia del autor francés.

Pelayo de Zamayón